

## TESTAMENTO DEL DR. RAMON L. MIRANDA

New York, noviembre 26 - 1907.

Mi amada Angelina: como mi muerte, pudiera ocurrir cuando menos se piense, es la razón por que te escribo esta carta, manifestándote, que el 6 del presente hice mi testamento, y encontrándome fuerte y con todas mis facultades intelectuales, deseo demostrarte que en ti, he tenido reconcentrado el amor que le profesé a tus hermanos y que tu supiste arraigarlo más en mi corazón.

Al abandonar este mundo, te deseo la debida resignación, que seas feliz, así como mis amados Aurora y Gonzalito. Confío en tu cariño, cumplas fielmente con las siguientes disposiciones:

- 1<sup>o</sup> Que entregues a mi fiel amigo Adrián Hartman, quinientos pesos, (\$500) y caso que él hubiese fallecido, a su familia.
- 2<sup>o</sup> Que entregues a Mrs. Delia Egan, del No. 20 West 131 st. New York, todo lo que me pertenece de muebles, alfombras, reservándote tú y Gonzalo, los que deseen, así como los cuadros.
- 3<sup>o</sup> Que distribuyas mis prendas entre Gonzalo, Aurora y Gonzalito, reservándote tú las que quieras.
- 4<sup>o</sup> Que mis libros, los mandes a la Academia de Ciencias de La Habana, reservándose Uds. los que deseen.
- 5<sup>o</sup> Que si el monumento de Martí, en Matanzas, no hubiese reunido los suficientes fondos para su colocación, pongas lo que falte en mi nombre, para que quede debidamente instalado.

Revisen mis papeles y apuntes por si encuentran algo que pueda serles útil.

Adiós para siempre idolatrada hija mía, a mis amados Aurora y Gonzalito, enséñalos a venerar la memoria de tu amante padre.

RAMÓN LUIS MIRANDA.

DOCTOR RAMON LUIS MIRANDA

*(Un justo y un patriota)*

POR

*Fermín Valdés Domínguez*

Cuando —no hace aún muchos días— la muerte ponía en mi pecho su mano dura y fría, alguien, cerca de mí, habló del doctor Miranda.

Pasada la violenta sacudida, pero sin fuerzas en mi cuerpo enfermo, traté de saber si aquel nombre querido había llegado hasta mis oídos o era el recuerdo sueño de mi fantasía, y supe, con angustia, que mi noble amigo, el consecuente amigo y médico de mi hermano Martí, estaba gravemente enfermo.—Y quise buscar fuerzas en mi cerebro, y pedí con religioso fervor a mi Dios que sostuviera vida que tantas grandezas recordaba, que era guardadora de tantas virtudes, de tanto amor a la Patria, de tanta devoción a la ciencia, de tanto cariño para todos los que en la tierra sufrían.

Y ahora, al pie de su lecho, quisiera dejar mis deseos de ayer, quisiera vencer la tiránica fuerza de la enfermedad que quiere arrancar de nuestro lado al cubano sin tacha, al hombre de ciencia y al sacerdote que dejó todas las purezas de su amor a la cabecera de sus enfermos, al lado de los que sufrían; y que no quería morir sin levantar antes en su Patria, y en su pueblo, hermoso monumento al genio de quien fue fiel hermano en vida, y el que al morir en Dos Ríos puso en su corazón un altar.

Me parece que al irse, de la vida, el doctor Miranda se desprende algo de mi alma que, con él, se va allá, a lo alto y eterno, en donde está envuelto en la gloria mi Martí inolvidable... y que no mueren los que —como él— han sido en el mundo grandes para amar.

Junto a su lecho está, con la hija amada, Gonzalo de Quesada, el hijo de Martí y allí —entre los amigos del anciano ilustre— quisiera yo poder dejar en su frente mi beso de despedida y que, con él, fuera algo de mi alma allá, a donde los esperan los brazos de mi hermano.

